

santiago 13 de septiembre de 1982

Mis queridos amigos.

¡No saben lo agradecida que estoy de todas sus gentilezas! Y lo avergonzada que estoy de "yo", no haberles hecho ninguna. ¡Es el cólmo! He pensado que pude haber tomado unas entradas para algún cine o teatro, pero ¡cómo! con esta cabeza que ando trayendo tan obnubilada, tan atontada, que apenas puedo conmigo misma. Realmente, siento mi querida esta paralogización idiota, como no te imaginas. Pude haberlos convidado a mi casa, no a una comida exquisita como hubiera deseado, sino sólo a un traguito, a algo que picar... pero ¿has visto? Nada se me ocurrió. Es que también me tocó la inauguración de nuestra sede nueva del Pen Club. Me tocó la reunión familiar el jueves, de todas las Larraínes, esas primas ricachonas que tengo y, que nos juntamos para el cumpleaños de la que recién ha muerto, de María Teresa. El sábado, el rodeo. En fin, no faltó impedimento. Pero me ha dejado un sabor incómodo mi impavidéz, ya que pude hacerlo el martes. Pero este día, lo único que hice fué llorar desconsoladamente por lo apabullado de mi corazón.

Además, esa gentileza y generosidad de presentarme a esos Leones. Realmente, se pasaron queridos míos. Fué simpatiquísima esa reunión, ¿verdad? Todos muy gentiles. Con las flores, hice un ramo lindo, colgando de un canastito que cuelga del otro lado de una lámpara.

Ayer, domingo, estaba convidada donde una María. Día triste y lluvioso. Me volví temprano a hundirme en mi música clásica. Muchas ganas de llorar, pero me sujeté porque si nó, no habría podido venir hoy a la oficina. Tengo unos ojos descomunales para el lloro. Se me hinchan de la manera más bárbara. Amanézco con un par de tajos en donde ni se ven las pestañas. ¡Pero qué tristeza mis queridos! Es ir muriendo lentamente. Ayer, 11, habían 70 caballos en mi calle. Cuando salí, me colgué del cuello de uno de ellos y lo olí con ansiedad. Adoro el olor a caballo. Es como si me cerciorara de mí misma. Es mi ansiedad de libertad, de campo abierto, de regreso a lo mío. Como cuando me refriego contra un árbol. Como cuando camino sobre el pasto y me echo a la boca el pétalo de una flor. Como cuando me hundo en la lluvia y levanto la cara contra el viento abriendo la boca porque quiero que llegue hasta mis entrañas. Entónces las lágrimas no son de angustia desesperada, sino de reconocimiento y de nostalgia. Talvez de encontrarme y reencontrarme como siem-

pre sola ante el mundo, los elementos y la belleza. Ante mi propia alma. Frente a frente, cara a cara con nuestra orfandad. Con nuestros sueños inaccesibles. Con la pureza y ese Dios que, es entónces cuando nos habla y nos dice que éso es lo cierto, lo verdadero. Es cuando se reconoce una realidad distinta: la verdadera. Cuando se quiere apresarla, cuando desde el fondo del alma, se levanta el griterío del más auténtico YO. Y todos los barnices se descascaran y quedamos desnudos ante la creación. Débiles, impotentes y desnudos, pero incendiados por dentro. Incendiados y destelleantes. Repletos de palabras y coloridos, de verdades, visiones y delirios!

Ay Emita y Pedro! Esto también saca lágrimas. De no hacer algo, inmediatamente, moriríamos asfixiados, completamente ahogados. Lo malo es que jamás encuentro el verdadero cauce. La palabra precisa. La real pin celada que tradúzca algo esa policromía interna que mata.

Todo se reduce a intentos. Es claro que hablo por mí, solamente. Hay quienes como ustedes, lo logran maravillosamente. Dios los bendiga.

Mis queridos, vuelvo a darles las gracias.

Ya nos veremos, si la suerte me acompaña.

Recíban un apretado abrazo de

Magdalena
 Magdalena

Saludos a los Mesa SEco, y a los amigos de Ancoa.